

## El juego : nacimiento de su permanente presencia

**22** Gabriel  
Jaime  
Toro A.

Cualquier manifestación elemental de movimiento humano se da en el cuerpo a causa de un deseo mental previo de realizarlo, consciente o inconsciente.

Podríamos decir que la socialización de estas actividades trae consigo un tipo de respuesta constante, en el sentido de que ante una necesidad común se establecen ciertos acuerdos y se produce un mutuo entendimiento.

Es claro, entonces, que el hombre en su historia siempre ha sido un buscador incansable del bienestar, del disfrute, del placer, y para esto ha tenido que ganar y perder, también vivir y morir, gozar y sufrir, reír o llorar, pero siempre jugando. La esencia misma de la permanencia humana en el mundo es un juego de posibilidades que brindan o no la

oportunidad de existir, luego de la cual se emprende la dura empresa de defender ese milagro, sobreponiendo condiciones y virtudes individuales al ambiente, a otros y a uno mismo.

Al hablar del juego no puede referirse tal concepto (por descomplicado que parezca) a un mismo significado, pues al aplicarlo recibe interpretaciones diferentes. Observemos tres enunciados que ejemplifican lo dicho:

1. Algunos toman la vida como un juego.
2. Si los niños no juegan en la calle, no se los aguanta nadie en la casa.
3. Para la disputa de una final de la copa del mundo, el juego será a muerte.

He aquí tres personas distintas y un solo dios verdadero: el juego.

En el primer enunciado, la caracterización muestra al juego como fácil, cómodo, como aquello que no requiere máximo esfuerzo y sugiere que la gente que es así no es seria y que su mediocridad resalta en todo.

En el segundo, se obtiene la idea de una necesidad imperante de jugar, que al hacerse efectiva trae respuestas como la tranquilidad, el descanso y la convivencia. En el tercer enunciado, en cambio, el juego genera un alto compromiso, ansiedad de mostrar las condiciones y las ganas de ser mejor.

Muy bien. Al identificar estas muestras que parten de una misma madre, cada uno de nosotros intentará ubicarse en alguna de ellas, porque le representan su identificación con la vida, con el juego y la forma como afronta sus cosas todo el tiempo. De hecho, si prefiere una, las otras serán relegadas a un segundo plano, pues, o son falsas, o simplemente uno no es así.

Ahora, podríamos definir estas tres raíces del juego con palabras claves, en su orden así:

1. Facilidad
2. Necesidad
3. Compromiso

\* Licenciado en educación física del Instituto de educación física de la Universidad de Antioquia, y tecnólogo en deportes del Politécnico colombiano Jaime Isaza Cadavid. Docente del Instituto municipal de deportes de Rionegro.

Lo que se quiere decir, en síntesis, es que el juego debe ser fácil, necesario y comprometido para la persona.

Si uno sólo se inclina por un aspecto y desconoce los otros, se pierde el equilibrio que el ser debe tener. Si opinamos que jugar es algo solamente fácil e ignoramos que también es necesario y a la vez significativo para la vida, estaremos perdiendo de vista el valor pedagógico y útil de este ejercicio. Si creemos que el juego es necesario, pero no fácil, y que no debe implicar un compromiso individual, habremos perdido de vista los fundamentos básicos de la provechosa utilización del tiempo libre y el bienestar que debe brindar su práctica. Y si, por último, pensamos que el juego requiere un alto grado de compromiso poro quo no os tan fácil ni necesario, estaremos sujetos a un marco rígido de pensamiento en el que el bienestar que el juego causa a todo nivel desaparecerá.

Desde la perspectiva de la pérdida del tiempo, de la perfección estricta en todos nuestros quehaceres y de la carrera loca del hombre hacia el

progreso obsesivo en su adultez, el fenómeno del juego y de la lúdica se esparce en el frío sótano de la ignorancia e, incluso, del desprecio, pues siempre habrá cosas más importantes que jugar. Se ignora que implícitamente jugar trae consigo los tintes con que hemos de dibujar todas las dimensiones del hombre. También que a la vez que lo autoconstruye, lo eleva a una esfera en que tendrá que enfrentar sus retos y ayudar a otros a enfrentar los suyos.

El juego es malversadamente despreciado porque para el intelecto no hay nada que ridiculice mejor a la academia, los resultados y a la élite del saber. Es despreciado porque en él se corren riesgos todo el tiempo, porque parece mejor hablar bien que jugar bien; por ello, de seguro, la medalla más brillante será para el matemático de la clase y no para el futbolista de la misma. Desprecio e ignorancia juntas, tomadas de la mano, derrumban la base del poder, del ser y del saber de nuestra persona.

!Qué diferentes serían tantas cosas de nuestra vida si comprendiéramos que las estructuras que funcionan y se utilizan en las actividades lúdicas son tan importantes como los demás tipos de inteligencia (la logicomatemática, la lingüística, entre otras) que se desprenden del ser, y que incluso una educación en este aspecto, entretrejida con las demás, puede ir siendo parte de la solución en la observación que debe hacerse al hombre mismo!.

No se trata de denigrar ni de echar por el suelo ningún otro aspecto del conocimiento, sino, más bien, de equilibrar la balanza de las posibilidades y valores que uno y otro aspecto tiene en nosotros como seres íntegros. Ninguna oportunidad en la escala valorativa de nuestra experiencia lúdica debe ser negada para todos los que día a día nos alimentamos de sus frutos.

El fenómeno del juego ha sido tan fuerte en el tiempo que a pesar de ser para muchos educadores incluso un obstáculo o el patito feo de este camino, su esencia se mantiene viva y

sigue siendo el eje sobre el cual gira hasta la vida.

Jugar produce la alegría de saber que te puedes mover, posibilita la riqueza cultural de intercambiar momentos, de conocer otros pensamientos reflejados en el manejo de una pelota, en una ronda o en una sonrisa. Jugar es virtud, no importando las cualidades técnicas que se tengan, jugar es invertir preciosamente el tiempo, siempre y cuando no pierda su sentido, jugar es aprender a ser persona, que es lo que en el fondo debe preocuparnos dejar en cada contacto con otros, el juego es la manifestación más inequívoca de vida porque hace converger lo material, lo espiritual, lo intelectual y lo social en un sólo instante, enriqueciéndolos cada vez que se actúa; cuando se juega se envejece gozando y se goza mientras se envejece.

Y a propósito del disfrute, palabra tan perdida en el espacio de la actualidad real, es imperante que rescatemos este común denominador de nuestro quehacer, cualquiera que sea, para cumplir más y mejor con las



responsabilidades que nos demandan el país, el trabajo y la sociedad; Qué estas tareas diarias no se conviertan en una carga, en molestias que irradian indiferencia y enemistad, en un peso continuo de pesares y de incongruencias autógenas que desaten desequilibrios emocionales y de toda índole en la persona.

Es increíble, pero sólo el juego es capaz de revertir todas estas partes negativas en polos opuestos, en los que a partir del individuo los resultados siempre van a ser mejores. No obstante, se puede hacer más difícil conseguir estos fines mientras más afianzadas estén todas estas cargas opuestas en el sujeto, lo que

hace de este cambio un proceso continuo, diario, y sobretodo intrínseco.

Por último, diría que es necesario reconocer la necesidad que tenemos de no ser los mismos, especialmente en lo que sabemos que nos hace débiles, pero no ante los demás sino ante nosotros mismos. No se trata de ejercer ninguna fuerza ni ningún poder irracional; antes por el contrario, se trata de crecer en lo que de verdad nos da el valor que merecemos tener: una integridad sin límites.